

## LA SERPIENTE, EL NOVILLO Y EL BAAL

*La prohibición de la idolatría es esencial en el primer Testamento: está al principio del decálogo. Sin embargo, es difícil de actualizar. El autor propone una reflexión sobre la idolatría a partir de tres textos del AT: la figura idólatra de la serpiente (Gn 3) y los antidotos propuestos por la Ley; el ternero de oro de Ex 32 y el proceso solipsista que le subyace; y la metáfora de la prostitución de Os 1-3 y la oposición radical entre idolatría y alianza.*

*Le serpent, le taurillon et le baal. Variations sur l'idolâtrie dans le Premier Testament, Revue Théologique de Louvain, 34 (2003) 27-42*

Aparentemente sin objeto, en un mundo que prescinde de lo divino y en cualquier caso de sus presentaciones figurativas, el tema de la idolatría se resiste a la actualización (Paul Beauchamp). Sin embargo, la prohibición de los idólos parece capital por figurar en la cabecera del Decálogo. Cuando la idea de Dios se difumina, cuando nadie se prosterna ante las efigies de las divinidades, ¿tienen todavía algún sentido los dos preceptos repetidos idénticamente en las dos versiones del Decálogo (Ex 20, 3-4, Dt 5, 7-8): “No habrá para ti otros dioses delante de mí. No te harás escultura ni imagen alguna...”? Sin embargo, bajo estas fórmulas, aparentemente obsoletas, se esconde un punto esencial de la Ley.

En el Decálogo, Dios se presenta como el que rompe las cadenas y hace salir al esclavo del lugar donde, poco a poco, se va haciendo cómplice de las fuerzas que le subyugan y le privan de sí mismo. Desde entonces, los otros

dioses que se enfrentan a Adonai toman partido por la servidumbre que algunos prefieren, porque ésta les evita el deber de tomar el riesgo de un paso por la muerte, como lo explica Ex 14. Como en el caso de los esclavos de Egipto que se resisten a la liberación que les es ofrecida, el riesgo de preferir a la vida misma el confort de una tumba con las apariencias de la vida es grande. Pues, según el relato de la salida de Egipto, la vida auténtica nace, para quien acepta afrontar la muerte, sobre la fe en una palabra que, como la de Moisés, invita a descubrir en el corazón de esta muerte la presencia actuante del Viviente. Desde entonces, si nosotros resistimos a la idea de la idolatría, ¿no será porque nos duele admitir la fuerza de esta tentación tan humana, que nos impulsa a resignarnos a la alienación y a la muerte, a preferir no nacer a la difícil libertad del sujeto capaz de desear?